



EL AGIO, EL PAUPERISMO Y LA CARIDAD

II.

HAN pasado ya para México las épocas de transición y de trastorno público, el malestar por los cambios de gobierno, la desconfianza por la inseguridad del porvenir, el estado violento y precario originado por las revoluciones, y hemos entrado en el período de paz y de progreso tan deseado. México inspira confianza en el extranjero, sube nuestro crédito, aumenta el valor de la

propiedad, viene el capital europeo á mezclarse al nuestro, se teje á toda prisa la malla de ferrocarriles y telégrafos, se edifica por todas partes, se cambian los productos del interior del país, se cruzan en los caminos de fierro los habitantes de las ciudades principales, se impulsa la instrucción pública, se paga á los empleados, cumple el gobierno todos sus compromisos, se aumenta el censo de los centros de población, se aumenta el comercio; Veracruz es pequeño, y los muelles miserables, y los empleados pocos, y el fondeadero insuficiente para recibir las mercancías extranjeras; sube el producto de las aduanas, se coronan de éxito las empresas ferrocarrileras, se multiplican las diversiones públicas, se solicitan con ahinco peones, oficiales de sastrería, de zapatería, costureras y dependientes; se improvisan veintitantas casas de huéspedes en la capital y otros tantos hoteles, y en todo, en fin, se nota el nuevo soplo de vida que nos lleva en alas del progreso material.

Pero en medio de esta innegable pros-

peridad, preguntamos nosotros: ¿El progreso moral y el bienestar social están en relación y en consonancia con el gran movimiento del país? Nó, ciertamente.

El bienestar social está circunscrito á cierto círculo, bastante extenso para sostener la apariencia, pero bastante corto en comparación de la masa general de la población. Todas las ventajas de la nueva situación están de parte de las clases acomodadas; ellas edifican, construyen, abren bancos, suben los alquileres, sostienen los teatros y el comercio de efectos de lujo; y este bienestar se derramaría á las clases inferiores, si no encontrara barreras insuperables; y así, mientras la prosperidad aumenta por una parte, aumentan por otra el pauperismo y el malestar, los vicios, la prostitución, la criminalidad y la miseria y el Montepío.

Este aumento de prosperidades funestas ¿reconoce por origen solamente el aumento de población en la capital? No, á todas luces. La prosperidad del Montepío está en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1425 MONTERREY, MEXICO

razón directa de la insuficiencia del haber personal, de la escasez de los recursos normales de subsistencia: el aumento del pauperismo y la prostitución están en razón directa de la falta de ocupaciones productivas y honrosas, y hasta los vicios y la criminalidad aumentan en razón directa de la falta de bienestar social.

Ahora bien. ¿Hasta qué punto nuestra clase menesterosa, á semejanza de la raza indígena, es refractaria á la civilización? ¿Por qué el progreso general del país no extiende sus beneficios visibles á nuestras clases inferiores?

En nuestro humilde concepto, la raza indígena como nuestra clase menesterosa son civilizables, y debe civilizárseles como la única defensa racional y filosófica de nuestra autonomía nacional. No podemos asegurar, por la falta de estadística, que lleguen á dos millones las personas ilustradas en la República; pero sí se puede asentar como dato seguro que hay más de ocho millones que no lo son.

La fracción de personas ilustradas representa el capital, el comercio, los ferrocarriles, la ciencia y la administración; el resto es la masa estacionaria de los indios y de todas las clases inferiores que no toman participación en la marcha del país, y sobre las cuales pasarán civilizaciones y épocas, sin afectar su modo de ser y sus costumbres. La instrucción pública redime paulatinamente un número relativamente corto, de entre las masas ignorantes, no para infundir en ellas el más ligero bienestar ni el más insignificante beneficio, sinó simplemente para aumentar, con mezquino guarismo, la porción civilizada.

La empresa civilizadora es más árdua en México de lo que parece á primera vista, dada la desproporción entre sus clases sociales; y aún reduplicando los esfuerzos de la instrucción pública, la masa estacionaria habrá de permanecer en las mismas condiciones. La instrucción pública en México derrama á manos llenas los tesoros de la ciencia, con una prodigalidad y un lujo

dignos de mejor éxito. Dados nuestros recursos, no hay país en el mundo más liberal y más generoso en esta materia. Vamos; se ha llegado al grado de regalarle treinta pesos cada mes á un pobre diablo para que nos haga favor de aprender á ser confitero ó impresor. Pagamos muchas veces mil doscientos pesos al año para que dos ó tres niñas pobres aprendan matemáticas, francés ó geografía. No contento el gobierno con dar gratis la instrucción primaria, la preparatoria y la superior, paga á los educandos para que la reciban, les da de comer y cuando aprenden los corona en apoteosis.

Y después de algunos años de llevar á cabo este plan generosísimo ¿qué palpamos en la práctica? Que segregamos de la gran masa ignorante é inculta una fracción, desconsoladoramente pequeña, para ponerla en aptitud de pedir un empleo ó una escuela. Pero la gran masa de nuestro pueblo menesteroso permanece perfectamente agena al movimiento civilizador, perpetuando

sus vicios y defectos, su incuria y su barbarie, su malestar y su abandono.

Hay en la capital actualmente una grito general, que toma proporciones alarmantes, contra los criados domésticos; por todas partes se oye exclamar—«jamás había estado esta clase más corrompida y más insoportable.» La conversación forzosa en todos los círculos se refiere á estas dos grandes plagas: las enfermedades y los criados. A esta grito sigue la que se levanta contra los artesanos, entre quienes no se acaban ni se modifican los hábitos de desaseo, informalidad, disipación y falta de dignidad personal. Los indios por su parte siguen impertérritos sosteniendo el tipo de su raza, y tan refractarios á todo progreso, que ni los notables cambios atmosféricos de nuestro clima, antes tan benigno, los ha inducido á introducir una reforma en su equipo. Todos sabemos bien que el rigor del invierno va aumentando cada año el número de sus víctimas, y concebimos como con algunos grados bajo cero, los indios

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 BOUTHERY 1911

semi-desnudos se mueren de frío: pero no es posible imaginar que el indio sea capaz de usar calcetines, calzado y pantalones; acabarán uno á uno antes que adoptar en su traje la reforma que exige el rigor del invierno. Hay pues en el chino, en el turco, en el lépero y en el indio, una especie de maldición ó ley tradicional que les tráza una linea insuperable, desde donde contemplan, como espectadores indiferentes, el progreso del mundo.

*
*
*

Yo sé muy bien el grado de atención que merecen mis humildes apreciaciones; pero por lo mismo que no han de surtir ningún efecto, quiero imprimir en el ánimo de los poquísimos que me lean una consideración original por vía de pasatiempo.

Supongamos que el día menos pensado, como por arte de encantamiento, ó de la mariguana, comenzara el cerebro de los léperos á sufrir una modificación fisiológica ineludible, modificación que presentara los

síntomas de una locura inexplicable, cuyos caracteres fueran parecidos á los efectos de la vergüenza, de la presunción, y del amor propio; que encontraban vituperable esto de presentarse en público en mangas de camisa, y ¡qué camisa! de un mes, negra y hecha girones; que sentían una mortificación y un rubor invencible al exhibirse en su ordinario pelaje, y que caían en cuenta al contemplar su sombrero galoneado, que el valor de aquella plata representaba el de varias camisas; y luego en medio de esa disposición de ánimo, que el pulque les inspirara muy distintas ideas, por que en vez de sentirse muy *hombres* y muy *templados*, se sentían degradados por embrutecerse adrede, y heridos en su amor propio al aparecer viciosos y corrompidos; y la vergüenza, la vergüenza, como una vieja deidad escondida con la diosa Xochil en las tinas del pulque, de donde no pudieron sacarla en tanto años, salía modesta y severa, dominando á los borrachos, hablando á los léperos, dándose á conocer á los ar-

tesanos, sorprendiendo á los criados domésticos y metiéndose por todas partes; á los talleres vacíos los lunes, y á la accesoría donde duermen juntos la cuñada, la entenada, la madre, el compadre y el primo. Que por el prestigio de esa pobre vieja olvidada, empezaban á parecerles disonantes, ásperas é inconducentes las desvergüenzas y las interjecciones obscenas, sintiendo como si se las dijeran á sí mismos. Que estos primeros síntomas de enagenación mental, se hacían visibles, y los opulentos dueños de magueyeras, empezaban á temblar por que los productos del pulque ya no sostenían el coche; y buscando la causa encontraban á la *vieja diosa*, haciendo de las suyas, puesta de moda, metiéndose en todas partes, hasta con la policía de la ciudad; dominándolo todo, inspirando temores de niño hasta entre los ediles, que mandaban en el acto quitar los inmundos mingitorios de la vía transitada por señoras y niñas, y limpiar la mugre del palacio municipal, y la de los mercados, y la de los teatros, y

la de todas partes porque nos entraba á todos el furor de la limpieza..... ¡Cosas de la locura!.....

Y cosas de la locura.... no paramos ahí; sino que.... y esto sería el extremo de la enagenación mental—al pueblo empezaba á darle por ahorrativo y reflexionaba que el sudor de su frente, unido á la ignorancia de los números había formado un fondo cuantiosísimo invertido en los palacios del Montepío y en los carruajes y haciendas de los agiotistas; y tomando la resolución heroica de no volver á empeñar en su vida, ni á pedir prestado; empezaba á guardar en la alcancía, á vestirse, á no embriagarse, á no robar y á cumplir con su palabra; y andando el tiempo, la *vieja diosa* operaría milagros y milagros, llegando á una edad de oro, ó de locura rematada, en que no encontrásemos por todas partes sino caballeros artesanos, tan elegantes como nosotros los *rotos* de hoy, concurriendo al club en vez de concurrir á la pulquería, viviendo en habitación aseada y con la posibilidad de

trasladarse del honrado taller á la curul, en el pleno goce de las libertades y derechos de la democracia, en un país de verdaderos ciudadanos.

Y cuando la pingüe renta anual que monta á millones de pesos, destinada más que por la miseria, por las malas costumbres, al fomento del agio, pasara á ser la caja de ahorros y el patrimonio de los pobres, multiplicándose por medio del movimiento y el empleo lucrativo y legal, ¡qué suma tan enorme de bienestar se derramaría sobre nuestro pueblo menesteroso, que había cambiado la pulquería por el taller, la disipación y el despilfarro por el ahorro y la economía, la desvergüenza por el pundonor, la carcel por el club y la útil sociedad; la camisa de manta y el sombrero descomunal por un traje más decoroso y más en armonía con la civilización! De una masa de artesanos de este tipo es de donde nacería, sin necesidad de la protección que piden los flojos, la verdadera industria nacional, formada por accionistas de su mismo seno,

con capital de su mismo trabajo, y con un género de independecia, que sería el timbre más noble de una clase honrada y digna, destinada en la marcha del país á servir de contrapeso á los grupos corrompidos de la política y de la revolución.

No sé porqué se me antoja que esta obra colosal que parece un sueño, pudiera realizarse; y valía la pena de probar si me equivoco; con tal que la prueba comenzara con preocuparse menos de la instrucción pública superior y atender por todos los medios imaginables y á costa de mayores esfuerzos y sacrificios al desarrollo en todo el país de este gran problema social. *La educación civil y moral de los indios y de las clases menesterosas.*







DEL ASEO.

I

DECIDIDAMENTE no es el aseo el distintivo de nuestro pueblo ni de nuestra capital; y esta verdad, triste como es, merece examinarse porque si hubiéramos de proceder ordenada y metódicamente á mejorar las condiciones de nuestras clases inferiores, nos fijaríamos sin duda en el aseo como el preliminar de la educación. El aseo bajo el punto de vista higiénico, es indispensable al desarrollo físico de

los seres, y para la conservación de la salud; y bajo el punto de vista moral tiene todavía mayor trascendencia.

Si observamos detenidamente á los animales, podremos notar cómo en ellos también existe eso que entre nosotros se llama presunción ó deseo de bien parecer. El ave en perfecto estado de salud y de vida se ocupa con insistente afán, y con nimio cuidado en peinar y arreglar sus plumas; les pasa una revista minuciosa y con la ayuda del pico dá á cada una la conveniente dirección y la colocación que le es propia, en esa admirable superposición que constituye un abrigo impermeable y un vestido cómodo y adaptado á todos los movimientos del cuerpo. Cuando una sola pluma suele, por la división de sus filamentos, cruzarse con otra, interrumpiendo el orden natural, el ave se apresura á componerla, dando á aquel detalle la misma importancia que daría la mujer elegante al desarreglo de un rizo, de un encaje ó de una flor de su vestido.

Los animales de la raza felina y otros

emplean largas horas en su aseo personal, porque ese cuidado está en armonía con las leyes dictadas por la naturaleza respecto al vestido y á la propia conservación. Y solo cuando el animal está enfermo, ó es presa de una agitación moral, descuida esos detalles.

Desde el momento en que son condiciones fisiológicas del cuerpo humano el desprendimiento constante de moléculas de la materia y la transformación del agua, de los gases y de las sustancias que sostienen la vida, el aseo del cuerpo es la consecuencia natural y precisa de ese modo de ser. La civilización, aceptando de lleno tal axioma, no solo escribe, con la higiene, el código de la propia conservación, sino que enaltece el aseo llevándolo por la senda del refinamiento hasta el sibaritismo.

En el lujo, en la opulencia, en el bienestar, es donde el aseo impera y gobierna, donde todas sus leyes se observan y se cumplen, y van éstas relajándose en proporción de la falta de bienestar y de civilización,

hasta llegar al esquimal habitante del polo, cuya choza bajo la nieve es la más inmunda de las cloacas.

Respecto á las ciudades, nótese que el aseo es el signo característico de su refinamiento y de su opulencia, porque así como en el orden físico el aseo es la condición de vida y de salud respecto á los individuos, y de cultura y adelanto respecto á las localidades, es en el orden moral la entrada á la ilustración y al mejoramiento individual.

El hombre no tiene derecho á la estimación de los demás cuando no tiene motivos para estimarse á sí mismo; y el aseo personal implica dos órdenes de ideas en los diversos sentidos físico y moral, que conducen naturalmente al hombre al aprecio de sí mismo. Respecto al primero ¿quién no ha experimentado esa satisfacción legítima, ese bienestar, esa alegría, en cierto modo voluptuosa, que se siente después del baño? La conciencia del aseo del cuerpo serena el espíritu y reanima la vida; y por el encadenamiento lógico de las ideas, se

pasa en ese estado de bienestar material, al deseo de conservarlo, buscando el aseo para el contacto de nuestro cuerpo, el aseo para recreo de nuestra vista, de nuestro olfato y de nuestro ánimo, dando deliberadamente un paso á nuestro mejoramiento individual; y como en el sér racional no pueden pasar las sensaciones sin atravesar la región de las ideas, la sensación voluptuosa del aseo imprime en el cerebro y deja en la conciencia un grado más de aprecio de sí mismo; y poseer este grado de aprecio de sí mismo, es pisar la primera grada del progreso humano formado por la suma de aspiraciones personales al mejoramiento indefinido y perdurable.

Queda pues sentado como punto incontrovertible, que el aseo es la base del progreso material y moral.

Todo hombre ilustrado y culto es naturalmente aseado, por más que el lector un tanto malicioso y observador haga aquí una acotación de oportunidad, recordando algunos personajes muy conocidos que son la

excepción de esta regla general. Y son tan excepcionales esos ejemplos, que vienen á constituir una verdadera aberración, y una inversión de ideas en la cual el amor propio se convierte en orgullo, el deseo del bien parecer, tan inherente al hombre culto se convierte en desprecio á la sociedad, y la aureola del genio ó de la ciencia pretende, para singularizarse, convertir el ridículo ó el desaseo del traje en un distintivo de excentricidad, propia del sabio que no se ocupa de pequeñeces. Sea como fuere los sabios sucios son y serán siempre censurados, y nunca su sabiduría llegará á ponerlos fuera de los tiros certeros de la crítica; lo cual es una prueba más de que la ilustración comienza por el aseo.

Veamos ahora cuales son los efectos del desaseo y la incuria en nuestro pueblo, desde el momento en que entre el traje del indio y el figurín europeo, ha aceptado un pelage de confianza, con el cual lo primero que pierde es el respeto al público; y se comprende desde luego cuan difícil

será inculcar amor propio y sentimientos de dignidad personal y de presunción al hombre á quien se ha enseñado desde niño á presentarse semi-desnudo y sucio en la sociedad. Pruébese sino á hacerles comprender esa deficiencia, y por toda lógica y por toda contestación exclamarán «*Pos si semos de los probes....*» Lo cual traducido quiere decir: «No tenemos obligación de asearnos ni de vestirnos, exhibiremos nuestra desnudez y nuestra miseria ante los ricos, á quienes tendremos el derecho de odiar, pero nunca el deber de parecer mejor á sus ojos ni á los nuestros.»

Esta especie de fatalismo pone una barrera al adelanto y mejora de esa clase, que gasta en un día en pulque obsequiando á sus amigos, lo que bastaría y con mucho, á introducir alguna reforma en su traje y su apariencia. Así parapetada esa masa de población en su modo de ser, permanecerá siempre inaccesible á la mejora moral, y no nacerá en ella jamás la noble aspiración de pertenecer á otra clase social más elevada.

Habrá, estoy seguro, optimistas bonachones y acomodaticios que juzguen exageradas mis apreciaciones; otros habrá que me atribuyan presunción y mala voluntad á nuestros *tipos nacionales*, porque la forma más vulgar del patriotismo es esa que lo pone á prueba de calzonera, de rebozo y de enchiladas; y habrá, por de contado, quien al ver que la emprendo contra el lépero y contra la mujer cochambrosa y escurridiza, pretenda que trato de *desnacionalizar las costumbres*. Pero yo debo salir al encuentro de tales ó semejantes reproches, asegurando que me es perfectamente familiar el patriotismo ese que saborea nuestras ordinarièces, y se entusiasma con la diana y con los jorongos del Saltillo.

Pero después de reflexionar sériamente y de contemplar de cerca el desarrollo y adelanto de otras civilizaciones, ha subido de punto el interés que me inspiran el lépero y la enrebozada escurridiza, y me asalta el deseo de derribar la barrera que les impide mezclarse en el torrente de la civilización universal.

Para comenzar con orden y concierto un programa de reforma social, que como cosa mía habrá de pasar desapercibido, pero que como útil y provechoso habrá de adoptarse alguna vez, declaro: que como punto de partida, el espíritu filosófico que haya de educar á nuestro pueblo, debe referir el artículo primero de su código constitucional, AL ASEO DE LOS NIÑOS, para imprimir á la generación que viene un nuevo aspecto, preparándola á adaptarse á las exigencias del progreso del mundo.

En el siguiente artículo seguiremos ocupándonos de tan importante materia.

